Reunión de psicoanalistas en pandemia. Incidencias clínicas y políticas

Enrique Tenenbaum (Trilce / Buenos Aires)

Cuando en el viejo mundo hacíamos un viaje en avión, a nadie se le ocurría negarse a ofrecer todos su datos personales y biométricos, huella digital, foto de los ojos, pasaporte, scanner de objetos peligrosos, revisación personal y de sus ropas, etc. Se trataba de una vigilancia de los movimientos en la escala de las grandes distancias.

A escala menor, pero mucho más extendida, todos nos servimos de la geolocalización para encontrar una estación de servicio cercana, un restaurante con mesas disponibles, las ofertas de los *after hour*; de continuo recibimos información que refleja que nuestros pasos son datos disponibles para el marketing, y quién sabe quiénes disponen de ellos y para qué fines. Los virus/bots informáticos, que hackean nuestras cuentas y se apropian de nuestros secretos, ya son moneda corriente, están naturalizados. Se trata de una vigilancia de los movimientos mínimos, vigilancia llevada hasta el paroxismo en las sociedades asiáticas a propósito de la pandemia.

Vivimos en el mundo de la progresiva aniquilación de la barrera entre lo privado y lo público: todos somos potenciales figuras públicas, es un mundo paparazzi. Y en este mundo cada cual intenta negociar cuánta información toma de la red y cuánta información brinda a la red. Lo asimétrico del asunto es que no tenemos dominio sobre qué clase de información brindamos. Como en la asociación libre, en la que decimos más de lo que creemos decir, nuestras huellas informáticas, informales, informan más que lo que creemos y de lo que queremos hacer público.

El espacio que brinda el psicoanálisis, y es lo único que lo emparenta con la confesión religiosa, es aquel en el que se protegen las menciones a la vida íntima y secreta, es el único refugio en el que se está a salvo de la apropiación y el uso de lo que se confía allí: lo que allí se dice tiene bloqueada la función “reenviar”. Lo que allí acontece no se convierte en dato, como decía Freud: no resiste la presencia de un tercero. A tal punto que yo no doy a conocer la identidad de mis analizantes; a diferencia de Lacan, no trabajo con sala de espera, mis pacientes no se conocen ni se reconocen entre sí. No entrego ni siquiera ese dato.

En la negociación entre lo que me es propio y lo que es común, entre el grado de libertad de mis pensamientos y acciones y lo que debo entregar por y para vivir en comunidad, entre aquello que me quiero apropiar de lo que es común, lo que circula en las redes, y lo que estoy dispuesto a entregar a cambio y aceptar que se ponga a circular se juega esta época que nos toca vivir. En el siglo pasado Freud situaba la renuncia, a ciertas satisfacciones directas, como el tributo que cada cual ofrecía como *munus*, como pago para vivir en sociedad. Hoy en día parece que no alcanza con esa renuncia, hoy se entrega, como dato, y hasta la dimensión de la vergüenza, la posesión de la información misma acerca de qué satisfacción es la que se resigna.

Sin embargo, hay aquello que no puede conocerse, que no puede ponerse a circular. Hay algo que no puede transferirse a la comunidad, ni tampoco la comunidad puede imponer al individuo. Hay un valor de uso que no se transforma en valor de cambio.

Cuando Freud situaba la diferencia entre el duelo y la melancolía, ponía el énfasis en que en el duelo se sabía qué objeto era el que se había perdido. Si lo tuviera hoy a Freud frente a mi le preguntaría: ¿pero acaso sabemos qué clase de satisfacción perdimos al perder el objeto? ¿Se hace el duelo por el objeto solamente, o por la satisfacción que se jugaba alrededor de nuestro lazo con él?

Hoy, aun, no sabemos qué hemos perdido en esta pandemia. El duelo ni siquiera ha comenzado.

Pero, ¡no todo está perdido!

Cuando brindamos información sobre nuestro interés en algunos objetos, interés que se refleja en datos sobre comercios, recorridos, lugares visitados, compras realizadas, lo que no se puede determinar es cómo es nuestra relación a esos objetos, cuál es la satisfacción implicada en ellos, lo que en nuestra jerga llamamos goce. En la práctica de un psicoanálisis se descubre, a veces con sorpresa, a veces con dolor, a qué tipo de goce estamos atados, sujetados, con los objetos que pueblan nuestra vida cotidiana; y con aquellos que *ya no están, pero aún nos guían* -como reza el *Cafetín de Buenos Aires*-, o con los que *no pisan más el bar*, como el Molina del *Brindis por Pierrot*. Ese goce singular con el objeto, como el que se juega en ese intransferible lazo con los otros, no pasa a ningún mercado, no es negociable, ni aunque quisiéramos. Para los de la parroquia, hablo del síntoma, hablo del sinthome.

Simétricamente, los objetos de goce que el mercado ofrece, de los que el mercado vive, los que se viralizan por efecto de las técnicas de marketing, el mercado puede empujar a que creamos que tampoco nosotros podemos vivir sin ellos, sin el gadget último modelo, sin la última actualización, sin la plataforma Zoom; pero lo que no puede el mercado, por más que lo intente y por más datos que acumule sobre nuestros gustos y preferencias, es incidir en nuestras condiciones de goce: no puede incidir en los medios de producción de la satisfacción.

Es en estos términos, a mi modo de ver, que se plantea la incidencia de la política en la clínica, y la incidencia de la clínica en la política: se trata de ubicar de buen modo qué es aquello que en cada circunstancia epocal se pone en juego como negociación de las libertades individuales respecto del lazo entre los cuerpos en la vida en común, y tener bien presente lo que no entra en la negociación: lo singular del goce de cada quien.

En concordancia notable con el goce, que es indecible e insabible, este virus de hoy en día pone de manifiesto una fuerte caída de la consistencia del saber de la ciencia, puesto que la ciencia no está, al menos por ahora, pudiendo determinar las razones de la enorme variabilidad individual de la respuesta inmunitaria y sistémica al virus, del modo singular en que el virus entra en relación con cada cuerpo que habla y goza.

Esta variable individual, que no entra en la negociación, que no se puede simbolizar ni imaginar ni colectivizar, es lo que está poniendo en jaque a las defensas inmunológicas de la pretendida comunidad globalizada, defensas que hasta ahora fueron confiadas en general a la ciencia, a la religión y a los políticos.

¿Podremos los psicoanalistas ofrecer otras alternativas?